

nes al mediodía. Adiós, Sr. Pycroft, y ya veréis cómo la Sociedad sabrá recompensaros á medida que vaya conociendo vuestras excepcionales condiciones.

Alquilé un cuarto en un hotel de la calle Nueva y me dispuse á trabajar. En mi cabeza batallaban distintas y opuestas ideas. Por un lado podía considerarme definitivamente colocado y con cien libras en el bolsillo; pero por otro, no dejaba de extrañarme lo raro del trabajo y de la oficina y todo aquel misterio que parecía envolver á la Sociedad. Trabajé todo el domingo sin descansar, y, sin embargo, el lunes no había llegado más que á la H. Fui á ver á mi jefe y lo encontré en la misma habitación polvorienta y desamueblada. Me dijo que podía continuar y que volviera el miércoles. Dicho día no había terminado aún, y tuve que volver ayer con la lista ya completa.

—Muy bien, Sr. Pycroft—me dijo el Sr. Pinner.
—Resulta un trabajo de mucha utilidad.

—Y de mucho tiempo—contesté.

—Es claro. Bueno; ahora vais á hacer otra lista de las tiendas de muebles, porque también suelen vender porcelanas.

—Está muy bien.

—Volved mañana á las siete de la tarde y decidme que tal va el asunto. Pero no os matéis á trabajar. ¿Por qué no váis esta noche al Music-Hall de Day para distraeros un rato?

Al decir estas palabras se echó á reir y entonces

observé que el segundo diente de la izquierda estaba bastante mal orificado. Esto me impresionó.

Sherlock Holmes se frotó las manos satisfecho y yo miré estupefacto á Pycroft.

—Voy á explicaros la razón de ello, Sr. Watson. Hablando en Londres con el otro individuo observé que al reirse enseñaba los dientes de igual modo que mi jefe y que también tenía orificado el segundo de la izquierda. Después de ver en los dos hermanos el mismo detalle, me fijé en el asombroso parecido de la voz y de los ademanes, y pensando que las pequeñas diferencias existentes entre ellos podrían ser causadas por la navaja y una peluca, comprendí que los dos eran uno solo. Me despidió, y yo salí á la calle no sabiendo lo que me pasaba. Entré en el hotel, me lavé la cabeza con agua fría y procuré coordinar las ideas. ¿Por qué me había obligado á salir de Londres? ¿Por qué se había escrito una carta á sí mismo? Y reconociéndome incapaz de descubrir las causas de estos hechos, me acordé de Sherlock Holmes y corrí en busca suya. He aquí todo lo que ha pasado.

Hubo un largo silencio. Luego Sherlock Holmes, tomando más cómoda postura y saboreando las palabras, dijo:

—No está mal, ¿verdad, Watson? Me parece que una entrevista con mister Harry Pinner, director general de La Franco Midlandesa, Compañía Anónima, será bastante curiosa...

—¿Y cómo hemos de arreglarnos para ir?

—Muy sencillo—interrumpió Hall Pycroft.—Vosotros sois dos amigos míos que deseáis una colocación; por lo tanto, no tiene nada de particular que yo os presente al Sr. Pinner para ver si puede hacer algo en favor vuestro.

—¡Eso es! Perfectamente—contestó Holmes.—Tendré mucho gusto en conocer á ese caballero. Y ahora, ¿qué cualidades tenéis para que se hayan fijado en vos y no en otros para...?

Interrumpiendo de pronto se puso á mirar el paisaje por la ventanilla del vagón, royéndose las uñas, y ya no pudimos obtener una sola palabra de él hasta que llegamos al hotel de la calle Nueva.

Daban las siete de la tarde cuando emprendimos el camino de Corporation Street.

—No adelantaremos nada yendo antes de la hora—dijo Pycroft.—Indudablemente mi jefe no viene á la oficina más que por mí y el resto del tiempo no hay nadie en el cuarto.

—No está mal pensado—contestó Holmes.

—¡Qué os decía yo!—exclamó Pycroft de pronto.—Miradle, ahí va.

Por la acera opuesta iba un hombre bien vestido, rubio, de pequeña estatura. Mientras le observábamos debió de oír á un chiquillo que voceaba la última edición de uno de los periódicos de la tarde, y atravesando la calle por entre los carruajes, le compró un número y desapareció por una puerta.

—Ya entró—exclamó Hall Pycroft.—Esa es la oficina. ¿Vamos adentro?

Subimos cinco pisos detrás de él y nos detuvimos delante de una puerta, en la cual llamó con los nudillos. Una voz contestó: ¡Adelante! Y en una habitación casi vacía, tal como nos la habían descrito, hallamos al mismo individuo que vimos en la calle. Estaba sentado á la mesa, sobre la cual estaba abierto el periódico. Al entrar nosotros levantó la cabeza, y no recuerdo haber visto nunca un rostro tan de sufrimiento y de terror como el de aquel hombre. El sudor perlaba su frente, sus mejillas estaban lívidas y los ojos, que tenían la inquietud y el miedo de las fieras acosadas, miraron á su dependiente como si no lo conociera.

—¿Qué tenéis, Sr. Pinner? ¿Os sentís mal?—exclamó sinceramente asombrado Pycroft.

—Sí; estoy algo malo—contestó haciendo visibles esfuerzos por dominarse y humedeciendo con la lengua los secos labios.—¿Quiénes son estos caballeros?

—Uno es el Sr. Harris, de Bermansey, y el otro es Sr. Price, de esta ciudad. Los dos son amigos míos, y que á pesar de su honradez y de su talento, están sin colocación hace algunos meses. Por lo tanto, tengo el honor de recomendarlos para que veáis si pueden entrar en la casa.

—Veremos, veremós—murmuró fingiendo una sonrisa que le resultó mueca.—¿Cuál es vuestra especialidad, Sr. Harris?

—He sido tenedor de librós—contestó Holmes.

—¡Ah! Muy bien. ¿Y vos, señor... Sr. Price?

—Yo he sido viajante.

—Bueno, tengo la seguridad de que os encontraré una colocación. Ya os avisaré, señores. Ahora, os ruego que os retiréis. ¡Dejadme sólo, por amor de Dios!

Estas últimas palabras se le escaparon á pesar suyo, Holmes y yo nos miramos. Hall Pycroft dió un paso hacia la mesa.

—¿Olvidáis Sr. Pinner, que me dijisteis que vienerá hoy para recibir órdenes?

—Sí... sí, Sr. Pycroft, es verdad—contestó el otro un poco más sereno. Tened la bondad de esperar un momento. Dentro de tres segundos saldré y podremos hablar.

Y saludándonos muy cortesmente al pasar por delante de nosotros, entró en la habitación contigua y cerró la puerta tras de sí.

—¡Calla!—murmuró Holmes.—A que se nos escapa ahora.

—Imposible—contestó Pycroft.

—¿Por qué?

—Porque esa puerta da á otra habitación que no tiene ninguna salida.

—¿Y muebles?

—Ayer estaba vacía. Hoy no sé.

—¿Para qué habrá entrado entonces? Aquí hay un misterio. No he visto nunca un miedo igual al de este hombre. ¿Por qué temblaría de ese modo?

—Creerá que somos de la policía—observé.

—Eso debe ser—asintió Pycroft.

Holmes movió la cabeza negativamente.

—No. Estaba ya pálido y tembloroso cuando entramos. Quizás...

Se interrumpió de pronto al oír un ruido extraño como si arañasen en la puerta...

—¿Qué demonios hace ese hombre?

Nuevamente y con más fuerza empezó el ruido. Los tres nos miramos asombrados. Luego Holmes se acercó calladamente y apoyó el oído contra la puerta. Después se oyó un murmullo y unos golpes contra la madera. Holmes empujó la puerta con todas sus fuerzas. Estaba cerrada por dentro. Pycroft y yo ayudamos á Holmes, saltó una de las visagras, luego la otra, y la puerta se derrumbó estrepitosamente. Entramos...

El cuarto estaba vacío.

Pero no dudamos mucho tiempo. En el fondo, en el rincón más próximo á la habitación que acabamos de dejar había una puertecilla. Holmes corrió hacia ella y la abrió. En el suelo yacían una chaqueta y un chaleco, y de un gancho colocado detrás de la puerta, colgado de sus propios tirantes, pendía el director general de La Franco Midlandesa. Tenía encogidas las piernas. Su cabeza se doblaba dolorosamente sobre el pecho, las manos se engarababan, y los golpes de sus pies contra la madera producían el ruido que nos había llamado la atención.

Inmediatamente le cogí por la cintura y lo levanté mientras Holmes y Pycroft desataban los tirantes que habían penetrado en la lívida carne del cuello.

Lo transportamos al despacho, y vimos á nuestros pies con los ojos fuera de las órbitas, los labios morados, el cuerpo convulso, al poco antes flamante director.

Yo me incliné sobre él y lo examiné cuidadosamente. El pulso era muy débil, pero su respiración se tranquilizaba poco á poco.

—¿Cómo lo encontráis?—preguntó Holmes.

—Ha estado á dos dedos de la muerte—contesté, —pero ya está salvado. Abrid la ventana y alargadme aquella gorra.

Le desabroché el cuello. Le rocié con agua fría la cara y le moví los brazos hasta conseguir que la respiración se normalizara.

—Ahora ya no es más que cuestión de tiempo—dije levantándome.

Holmes, que estaba de pie junto á la mesa, con las manos hundidas en los bolsillos y la cabeza gacha, dijo:

—Hay que llamar á la policía. Sin embargo, hubiera deseado poder darles detalles más completos.

—No lo entiendo—murmuró Pycroft rascándose pensativo la cabeza.—¿Qué necesidad tenían de alejarme de Londres?

—¡Bah! Eso es muy claro—contestó Holmes despreciativamente.—¡Ojalá lo fuera también este desenlace!...

—¿De modo que véis claro lo otro?

—Sí. Hay dos hechos innegables. El primero es el de hacerlos firmar esa declaración de que aceptá-

bais el puesto de director en la Sociedad Franco-Midlandesa. Ya sabéis que desde el punto de vista financiero, son inútiles esos documentos. La razón, pues, de exigiros semejante cosa, es que necesitaban tener una muestra de vuestro carácter de letra, y únicamente por ese medio podían conseguirla.

—¿Y para qué?

—Ahí está el quid. ¿Para qué? Cuando lo sepamos ya no faltará nada por averiguar. Indudablemente alguien tenía interés en visitar vuestro carácter de letra y para ello se valieron de esta estratagema. En cuanto al segundo hecho, consiste en que el Sr. Pinner os exigió la promesa de que no escribiríais á la casa Nawson para tener la seguridad de que otro podría presentarse impunemente con vuestro nombre en dicha casa.

—¡Gran Dios!—exclamó Pycroft.—¡Qué imbécil he sido!...

—Lo comprendéis ahora. Si uno cualquiera se hubiera presentado diciendo que era Hall Pycroft sin tomar antes esa precaución, le habrían descubierto en seguida. ¿Estáis seguro de que no os conoce nadie en la casa Nawson?

—Nadie absolutamente.

—Muy bien. Sólo faltaba, pues, alejaros de Londres para evitar cualquier tropiezo ó mala tentación vuestra, y para ello os hicieron venir á Birmingham sujetándoos con el cebo de las cien libras.

—Pero ¿por qué ha fingido ese hombre que eran dos hermanos?

—Y lo son, indudablemente. Aquí está uno. El otro ocupó vuestro lugar en la casa Nawson. Este fué el que os ofreció el destino, y luego, comprendiendo que hacía falta fingir un jefe y que era peligroso servirse de una tercera persona decidió representar él mismo el papel. Cambió lo que pudo su fisonomía, y sin esa casualidad del diente orificado, á estas horas seguiríais creyendo que éste era hermano del que conocísteis en Londres.

Hall Pycroft levantó los brazos al cielo.

—Entonces... Dios mío ¿qué hará mientras tanto el otro? ¿Qué me aconsejáis que haga, Sr. Holmes?

—Telegrafiar inmediatamente á Nawson.

—Los sábados cierran al medio día.

—No importa. Se quedará alguien de guardia.

—Sí; hay siempre un vigilante á causa de los valores que tienen en depósito.

—Muy bien. Vamos al telégrafo. Pero la verdad, no me explico qué motivo habrá podido tener este hombre para...

—¡El periódico!—grimió roncamente una voz detrás de nosotros.

Nos volvimos apresuradamente. El suicida se había incorporado. La vida tornaba poco á poco en sus miembros, y el cerebro empezaba á pensar nuevamente.

—¡El periódico!—exclamó Holmes en el colmo de la agitación.—¿Cómo no se me había ocurrido antes? Ahí debe estar el secreto.

Cogió ansiosamente el periódico y lanzó un grito.

—Mirad, Watson, es el *Evening Star*, de Londres. Aquí está lo que buscamos. «Crimen en la *Cité*. Una muerte en la casa Nawson y Williams. Tentativa de robo. Detención del culpable.» Tened, Watson, léamos eso en voz alta.

A juzgar por el espacio que consagraban al suceso, debió causar profunda sensación en Londres. He aquí lo que decía:

«Una audaz tentativa de robo, acompañada de asesinato, ha tenido lugar esta tarde en la *Cité*. Desde hace algún tiempo, la importante casa de banca de Nawson Williams tenía valores en depósito que ascendían á la enorme cantidad de un millón de libras esterlinas. A causa de esto, el director había comprado cajas de caudales del sistema más perfeccionado, y junto á ellas había noche y día un vigilante armado hasta los dientes. Parece ser que la semana última entró en la casa un nuevo dependiente llamado Hall Pycroft, y que no era otro que el famoso falsificador Beddigton, que acaba de cumplir con su hermano una condena de cinco años. Por medio de una estratagema no conocida aún, consiguió obtener, bajo el nombre de Hall Pycroft un destino en la casa, y esto le permitió procurarse llaves falsas y conocer perfectamente la posición del cuarto donde están las cajas de valores.

»Todos los sábados los empleados de la casa Nawson salen al medio día, para no volver hasta el lunes siguiente. Por eso el agente Tuson quedó sorprendido al ver salir á la una y veinte un individuo

UN EMPLEO EXTRAÑO

con un saco de viaje en la mano. Sospechando de él, lo siguió, y, auxiliado por el agente Pollock, logró detenerlo después de una desesperada resistencia. En seguida vieron que se había evitado un robo de una audacia y de una importancia increíbles. Cerca de cien mil libras en acciones de los ferrocarriles americanos, y en valores de otras compañías fueron hallados en el saco.

»El examen de las oficinas hizo descubrir el cadáver del desgraciado vigilante; doblado sobre sí mismo y encerrado en una de las cajas de caudales. La víctima tenía roto el cráneo, por un golpe que debió ser dado con un hierro de mucho peso. Indudablemente, Beddigton debió sorprenderlo por detrás, y después de matarlo, vació la caja y volvió á llenarla con el cadáver. Se cree que el hermano del asesino no haya intervenido en este crimen, á pesar de lo cual la policía le busca activamente.»

—Vaya, de algo hemos de servir—dijo Holmes, mirando al miserable, tendido al pie de la ventana.—Realmente la naturaleza humana es una curiosa mezcla de buenos y malos sentimientos. Ahí tenéis ese bandido, capaz de los mayores crímenes, y que, sin embargo, se quiere suicidar al saber la desgracia de su hermano. Pero no divaguemos, y mientras Watson y yo quedamos aquí vigilándole, tened la bondad de avisar á la policía, Sr. Pycroft.

EL RITUAL DE LOS MUSGRAVE

Sherlock Holmes era uno de los hombres más pulidos y más correctos en el vestir y en su conversación; pero en cambio, y por un contraste inexplicable, era en la vida íntima tan desordenado, que causaba la desesperación de todos los patrones y patronas de casas de huéspedes. A pesar de que yo, acostumbrado al rudo vivir del Afganistán, tenga hábitos un tantico apartados de la seriedad que debe tener un doctor, no lo son tanto que tenga como Sherlock Holmes los cigarros en la cockera, el tabaco picado en una zapatilla turca y sujete las cartas por contestar con un cuchillo sobre la puerta.

Sin embargo, esto no es nada comparado con otras cosas más graves; como, por ejemplo, dibujar en la pared á balazos un patriótico V. R., demostrando que también puede ejercitarse en una habitación, y cómodamente sentado, el *sport* de tirar al blanco.

Nuestro cuarto estaba siempre atestado de chimbolos de química y de otras mil cosas, entre ellas piezas de convicción, que guardaba aquí y allá, lo mismo sobre una sombrerera que en el tarro de la